

# Razones del positivismo y el antipositivismo sui géneris en América Latina

Por Pablo GUADARRAMA GONZÁLEZ\*

EL TRÁNSITO DE LA HISTORIA del pensamiento filosófico latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX hacia el siglo XX estuvo marcado primero por el auge de un positivismo sui géneris y, luego, por una reacción no menos sui géneris ante él, que se radicalizó mucho más durante las tres primeras décadas de esa última centuria.<sup>1</sup>

Las tendencias reactivadoras de la metafísica y la filosofía religiosa en esa época —así como el auge que comenzaron a tomar paulatinamente las nuevas ideas de corte irracionalista y vitalista— vieron en el positivismo un serio obstáculo a superar, dada su proclamada postura estimuladora de las ciencias.

La mayor parte de las manifestaciones de la vida filosófica, científica, artística, pedagógica, jurídica, política y moral del mundo latinoamericano estuvieron permeadas de algún modo por el pensamiento positivista que pretendía concebir al hombre exclusivamente como objeto de análisis científico, sesgado por el enfoque de las ciencias naturales y en especial referido a los estrechos parámetros de la biología decimonónica. Este hecho provocaría una reacción inmediata entre aquellos que, más allá del enfoque descriptivo, explicativo y predictivo, comenzarían a plantearse una mejor percepción de lo humano en la cual la comprensión, la valoración y la interpretación contribuirían a una visión más holística, compleja e integral del hombre y de su historia.

De sur a norte del continente latinoamericano —sostienen Salazar y Marquínez— un conjunto de pensadores se darán a la tarea de demostrar la inactualidad del positivismo, de demostrar sus inconsistencias conceptuales y de señalar sus desfases históricos. Será necesario para ello, la inversión de la *episteme* instaurada por el pensamiento positivista, decretar su ingenuidad epistemológica y denunciar su precarie-

---

\* Académico titular de la Academia de Ciencias de Cuba y profesor titular de la Cátedra de Pensamiento Latinoamericano de la Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, Cuba; e-mail: <guadarrama@uclv.edu.cu>.

<sup>1</sup> Véanse las siguientes obras de mi autoría: *Positivismo en América Latina*, Bogotá, UNAD, 2001; *Antipositivismo en América Latina*, Bogotá, UNAD, 2001; *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, en DE: <<http://biblioteca.filosofia.cu/php/export.php?format=htm&id=231&view=1>>.

dad metafísica. La verdad no habría que buscarla ya más en el orden del objeto, sino en el orden del discurso. Así, frente al relato positivista de la emancipación mediante el progreso indefinido sustentado en las ciencias, será imprescindible otro relato, el de la emancipación del hombre por la vía de la metafísica, de la estética y de la filosofía. Si en la narración positivista el progreso moral y el progreso intelectual redondeaban la faena de la emancipación colectiva del hombre, en la nueva *episteme* el progreso del hombre estará supeditado por la metafísica.<sup>2</sup>

Los cultivadores del positivismo sui géneris latinoamericano se habían aproximado más al *materialismo científico natural* o *espontáneo*, al optimismo epistemológico, al anticlericalismo y, en algunos casos, al ateísmo, al liberalismo y al completamiento de la construcción de la modernidad con radicales críticas al capitalismo —especialmente en su fase imperialista, dada su ideológica identificación con la etapa premonopolista de esa sociedad—, e incluso hasta llegaron a reconocer la justificación del ideario socialista, como se observa en José Ingenieros y Enrique José Varona.<sup>3</sup>

En Latinoamérica se produjo cierta metamorfosis del positivismo relacionada con su significación ya en la segunda mitad del siglo XIX en Europa.<sup>4</sup> Allí emergían con mayor fuerza las ideas socialistas y marxistas que propugnaban una sociedad superior al capitalismo —en tanto que aquí esta tarea eran aún demasiado incipiente—, por lo que al tratar de impulsar transformaciones tendentes a un nuevo orden social, aun cuando fuese en los marcos capitalistas, el positivismo desempeñaría en estas tierras un sui géneris carácter progresista.<sup>5</sup>

El positivismo era una filosofía optimista, llena de confianza en el hombre, en la capacidad creativa de su pensamiento, en la cultura, en la ciencia, en el progreso y el desarrollo industrial; una filosofía en cier-

---

<sup>2</sup> Roberto J. Salazar Ramos y Germán Marquín Argote, “Antipositivismo, metafísica y ontología”, en Germán Marquín Argote *et al.*, *La filosofía en América Latina*, Bogotá, El Búho, 1993, p. 188.

<sup>3</sup> Lenin concibió al materialismo científico natural como la “convicción espontánea, no reconocida, difusa, filosóficamente inconsciente, propia de la aplastante mayoría de los naturalistas, acerca de la realidad del mundo exterior”, V.I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, en *id.*, *Obras completas*, tomo XIV, p. 331, en DE: <<http://www.filosofia.org/enc/ros/materia.htm>>.

<sup>4</sup> Véase Pablo Guadarrama, *Marxismo y antimarxismo en América Latina* (1990), México/La Habana, El Caballito/Editora Política, 1994.

<sup>5</sup> “En toda Latinoamérica el positivismo se concibe como la doctrina que puede proporcionar un nuevo *orden social* que ayude a *progresar* al Estado y con él al pueblo mismo”, Mario Magallón y Juan de Dios Escalante, “El positivismo”, en Enrique Dussel, ed., *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino”*, México/Buenos Aires/Madrid, CREAL/Siglo XXI, 2009, p. 223.

ta forma aliada del liberalismo y defensora de la democracia burguesa. Esas ideas resultaban muy avanzadas para los países latinoamericanos, en su mayoría recién liberados del colonialismo español y enfrascados entonces en profundas luchas entre las oligarquías retrógradas y la naciente burguesía nacional. Con razón sostiene Leopoldo Zea que “el proyecto ilustrado de Bolívar se transforma en civilizador; proyecto que llevará a su máxima expresión el positivismo”.<sup>6</sup> Mucho mayor sería su repercusión en países que aún eran colonias; por tal razón, las ideas de quienes se identificaron en distinto modo con él —como Manuel Sanguily, Enrique Piñeiro, su principal representante en la mayor de las Antillas, Enrique José Varona y Eugenio María de Hostos en Puerto Rico— fueron generalmente estigmatizadas por el poder colonial, dadas sus respectivas posturas independentistas. Incluso a inicios del siglo xx, con la intervención norteamericana en ambas islas, una significativa representación de su intelectualidad formada en el positivismo, encontrará en dicha filosofía suficientes razones y argumentos para tratar de construir alternativas de desarrollo soberano para las Antillas y Latinoamérica en general.<sup>7</sup>

Por tal razón, no se entiende por qué Beorlegui plantea que en “Cuba, la oposición se justificó porque el positivismo apoyaba la continuación de la dominación española”.<sup>8</sup> En verdad el positivismo sui géneris estimuló en aquella generación finisecular cubana<sup>9</sup> la búsqueda de alternativas propias para la conquista de mayor independencia y soberanía, a partir del criterio de que estos países podrían construir alternativas propias de desarrollo concebidas para la época del capitalismo premonopolista aún liberal en el estilo decimonónico, pero sus

---

<sup>6</sup> Leopoldo Zea, “El positivismo”, en *id.*, *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2003, p. xviii.

<sup>7</sup> Sobre los autores mencionados véanse los siguientes trabajos de mi autoría “El positivismo de Manuel Sanguily”, *Islas* (Las Villas, Santa Clara), núm. 62 (1979), pp. 155-184; “El papel de Enrique Piñeiro en la introducción del positivismo en Cuba”, *Islas* (Las Villas, Santa Clara), núm. 65 (1980), pp. 157-170; “Hostos y el positivismo sui géneris latinoamericano”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana* (Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja), núm. 6 (2004), pp. 209-234; “El legado filosófico del Caribe hispano en el siglo xx”, en Manuel Garrido, coord., *El legado filosófico español e hispanoamericano en el siglo xx*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 1249-1162; y en colaboración con Edel Tusell, *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

<sup>8</sup> Carlos Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2004, p. 331.

<sup>9</sup> Véase Pablo Guadarrama, “Algúnas particularidades del positivismo en Cuba”, *Islas* (Las Villas, Santa Clara), núm. 76 (1983), pp. 103-124; *Boletín de Información Bibliográfica* (PCC, La Habana), núm. 3 (1983), pp. 60-87.

añoranzas se destruyeron con el advenimiento del monopolismo imperialista<sup>10</sup> y mucho más con el auge de la ideología neoliberal.<sup>11</sup>

Es cierto que en algunos países como México, Brasil y Chile una mayor influencia de Auguste Comte —a diferencia del resto del continente, donde Herbert Spencer tuvo mayor recepción, como reconociera Martí—<sup>12</sup> propició que un pensamiento autoritario y de raigambre militar, en el cual el *orden* se exigiría como condición indispensable del *progreso*, encontrara alguna acogida. Este hecho evidencia ciertas diferencias entre los que entonces propiciaban la ideología liberal y algunos de los que se identificaban con el positivismo, lo que “llevó muchas veces —pero no siempre— a los positivistas a alinearse con gobiernos dictatoriales”,<sup>13</sup> como acertadamente sostiene Rojas Osorio. No debe olvidarse que en determinadas y caóticas circunstancias también el Libertador justificó como necesaria la dictadura.

Es significativo que el cubano Andrés Poey, discípulo de Comte, intentase inútilmente, antes del inicio de las guerras por la independencia en Cuba, propagar las ideas del pensador francés, y haya encontrado resistencia por parte de las autoridades coloniales por considerarlas subversivas.<sup>14</sup> Con las reformas y relativas libertades que se vio obligada España a conceder al terminar la primera guerra indepen-

---

<sup>10</sup> “Aunque es preciso aclarar que si bien el positivismo sirvió como cohesionador de los diversos intereses de las fuerzas sociales dominantes en la conformación de los Estados nacionales, sería ingenuo pensar que esta filosofía se desarrolló de manera uniforme en todo el continente, pues las condiciones socioeconómicas no fueron las mismas, además de que la realidad llamada imperialismo ensombrecía el supuesto orden y progreso que proponían los positivistas”, “Positivismo” en DE: <[http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/positivismo\\_latinoamericano.htm](http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/positivismo_latinoamericano.htm)>.

<sup>11</sup> “La burguesía en su ascenso vertiginoso necesitaba forjar con solidez las bases ideológicas de sus transformaciones y posteriormente de su triunfo revolucionario, y muchos pensadores de la nueva época se dedicaron a lograr la consolidación del aparato teórico y filosófico del liberalismo que debía sustentarle. Algo muy distinto sucede en la actualidad respecto al papel de la filosofía en tiempos de globalización posmoderna”, Pablo Guadarrama, *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*, Bogotá, Magisterio, 2006, p. 91.

<sup>12</sup> “De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a puño de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vibrante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro”, José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo vi, p. 139.

<sup>13</sup> “Este contraste muestra a la luz del día el hecho de que el positivismo significó, por lo general, un movimiento de conservadurización dentro del liberalismo”, Carlos Rojas Osorio, *Filosofía moderna en el Caribe hispano*, México, Porrúa, 1997, p. 153.

<sup>14</sup> Véase Pablo Guadarrama, “El positivismo comtiano de Andrés Poey”, *Islas* (Las Villas, Santa Clara), núm. 72 (1982), pp. 61-84.

dentista, tomaría auge el positivismo, pero de orientación spenceriana, que al inicio de la vida republicana sería abandonado y también debidamente enjuiciado.<sup>15</sup>

Debe tenerse presente lo indicado por Adalbert Dessau en cuanto a que las distintas corrientes de la ideología liberal se desarrollaron en América Latina en el mismo periodo del triunfo del capitalismo, pero a la vez, en el que se da inicio a una nueva época de complicados procesos contradictorios en su seno, tanto de expresión de una naciente burguesía nacional —que a la larga quedará aplastada por los poderes monopólicos transnacionales— como de sectores populares, campesinos, indígenas, obreros etc., que insistirán en el completamiento del proceso independentista con una mayor justicia social.<sup>16</sup>

En términos generales, esta filosofía desempeñó una función progresista en América Latina pues sintetizaba las aspiraciones de la débil burguesía nacional, que en esta región pretendía sustituir las caducas relaciones precapitalistas de producción y estimular el desarrollo tecnológico e industrial como premisa indispensable para alcanzar, en todos los planos, una verdadera independencia de los pueblos latinoamericanos.

Si algo tuvo también de sui géneris el positivismo latinoamericano fue no identificarse con la tesis sobre el posible debilitamiento de la filosofía y prácticamente su disolución con el auge de las ciencias particulares. En ese sentido, sus ideas se articularon mejor con la nueva generación antipositivista sui géneris que trató al máximo de revalorar la dignidad de la actividad filosófica.<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> “Los positivistas cubanos no se mantuvieron fieles a todos los principios de esa filosofía y en muchos aspectos la criticaron y superaron”, Pablo Guadarrama, “Etapas principales del desarrollo del pensamiento filosófico en Cuba”, en *id.* y Miguel Rojas, *El pensamiento filosófico en Cuba: siglo XX (1900-1960)*, Toluca, UAEM, 1995; 2a ed., La Habana, Félix Varela 1998; reimpreso en La Habana, Pueblo y Educación, 2002, p. 48.

<sup>16</sup> Adalbert Dessau, “Die bürgerliche Ideologie unter den Bedingungen der Herausbildung des Imperialismus und des Heranreifens der allgemeinen Krise des Kapitalismus”, en *Politische-ideologische Strömungen in Lateinamerika. Historische Traditionen und aktuelle Bedeutung*, Berlín, Akademie Verlag, 1987, p. 152.

<sup>17</sup> “Entre los rasgos propios que cabe observar en el antipositivismo figuran: revalorización de la metafísica y la religiosidad, del espíritu y la conciencia; diferencia entre filosofía y ciencia, entre naturaleza y sociedad; humanización de la experiencia y del universo; rescate de la heroicidad. Asimismo en este conglomerado ideológico algunos principios y categorías fundamentales, reñidos con la canónica positivista, como son los de *vida y espontaneidad* (frente al mecanismo y al hábito), *totalidad* (ante el análisis y la descomposición), *libertad* (creativa pero también ordenadora) y *temporalidad* (múltiples dimensiones del tiempo)”, Hugo Biagini, “Positivismo-antipositivismo”, en Ricardo Salas Astrain, coord., *Pensamiento crítico latinoamericano: conceptos fundamentales*, Santiago de Chile, Universidad Católica Silva Henríquez, 2005, vol. III, p. 793.

Por otra parte, los seguidores del positivismo en América Latina no siempre se mantuvieron identificados con dicha filosofía, pues también se percataron de muchas de sus insuficiencias y de la nueva metafísica que formulaba; por tal razón, se incorporaron con agrado a la generación antipositivista.

La filosofía positivista en América Latina se había enfrentado a los rezagos de la escolástica, así como a las nuevas formas adoptadas por el idealismo, como el eclecticismo, el hegelianismo, el krausismo y el neotomismo. Esta postura antimetafísica fue un obstáculo para comprender los valores tanto de la filosofía clásica alemana como del marxismo, especialmente en cuanto al enfoque dialéctico al que no diferenciaron debidamente de otros tipos de filosofías especulativas. La nueva oleada antipositivista hizo revivir algunas de aquellas filosofías que habían sido criticadas y se propiciaron nuevamente posturas espiritualistas, idealistas, vitalistas, fideístas y metafísicas.

En su modalidad *sui géneris* el positivismo que se desarrolló en Latinoamérica tuvo limitaciones epistemológicas y axiológicas oportunamente criticadas por una nueva generación filosófica antipositivista *sui géneris* que, desde perspectivas filosóficas e ideológicas muy diferentes, encontró sus puntos débiles y las razones de su necesaria superación.

El positivismo latinoamericano no significó una simple adaptación de una filosofía europea a estas latitudes, como en ocasiones se presenta, sino una incorporación y recepción creadora; esto es una *recreación* con profundos elementos originales, disímiles y renovadores, que constituyeron una forma específica de superación de dicha filosofía en el ámbito particular de este continente, como expresión concreta del desarrollo universal de la lucha entre el materialismo y el idealismo filosófico.<sup>18</sup> De este hecho tomó conciencia la generación antipositivista y aunque tuviera una actitud crítica ante la predecesora, no dejó de reconocerle, con suficientes razones, sus extraordinarios méritos y aportes. Ésa fue una de las motivaciones de José Vasconcelos para viajar en 1926 a La Habana a conocer personalmente al ya anciano pero aún vibrante y prolífico Enrique José Varona, a quien ya en la década de los ochenta del siglo XIX se le consideraba uno de los máximos exponentes del positivismo en el ámbito continental.

---

<sup>18</sup> “Los pensadores latinoamericanos asimilaron la doctrina positivista, creada por Comte, y la aplicaron a nuestra realidad”, *El positivismo*, en DE: <<http://elpositivismo.blogspot.com/>>.

En cuanto a la correlación entre los fenómenos de la naturaleza y la sociedad, los criterios reduccionistas en el plano epistemológico que predominaron en el positivismo latinoamericano habían estado fundados en su interés por oponerse a las concepciones religiosas sobre el origen del hombre y el desarrollo de la sociedad. En su crítica a este tipo de reduccionismo la generación antipositivista propició nuevamente que las concepciones creacionistas y religiosas en general pudieran encontrar un terreno más favorable para su despliegue. Esto no significó en modo alguno que de manera unánime la nueva generación se encaminara hacia el cultivo de la religión, pero indudablemente se dieron condiciones mucho más favorables para que ésta reverdeciera.

Los positivistas latinoamericanos no escaparon del enfoque reduccionista que conlleva el darwinismo social;<sup>19</sup> sin embargo, no siempre compartieron las tesis racistas en relación con los pueblos latinoamericanos que se derivan de tales concepciones, y aun en los casos en que llegaron a identificarse con algunas de ellas, como Sarmiento<sup>20</sup> o Deustua,<sup>21</sup> apreciaron en la educación y otras instituciones civiles la posibilidad de lograr cierto perfeccionamiento de las diferencias entre los distintos grupos humanos. En la nueva generación antipositivista estas posturas socialdarwinistas no se abandonarían del todo, pero no evidenciarían ya un matiz tan biológico como era común con anteriori-

---

<sup>19</sup> Véase Pablo Guadarrama, “Crítica de los reduccionismos epistemológicos en las ciencias sociales”, *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (Instituto de Filosofía, La Habana), núm. 38-39 (octubre del 2007-septiembre del 2008), pp. 171-183, en DE: <<http://www.revistas.luz.edu.ve/index.php/rf/article/viewFile/3521/3426>>.

<sup>20</sup> “¿Por qué la raza sajona tropezó con este pedazo de mundo que también cuadraba con sus instintos industriales, y por qué a la raza española le cupo en suerte la América del Sur, donde había minas de plata y de oro e indios mansos y abyectos que venían de perlas a su pereza de amo, a su atraso e ineptitud industrial? ¿No hay orden ni premeditación en todos estos casos? ¿No hay providencia? ¡Oh!, amigo, Dios es la más fácil solución de todas estas dificultades”, Enrique Anderson Imbert, *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1967, p. 84.

<sup>21</sup> “Por la ignorancia de nuestro estado y de nuestras necesidades, por la inercia característica de nuestra raza para estudios serios y profundos, por la falta de espíritu científico de nuestros hombres públicos, por ese amor a las analogías e imitaciones nacido de las causas anteriores, por esa frivolidad de carácter que nos hace vivir de las apariencias; en una palabra, por la falta de educación en nuestras clases dirigentes, nada se ha hecho hasta hoy que signifique un plan de materia tan grave y de la cual depende exclusivamente la felicidad nacional”, Alejandro Deustua, “El problema pedagógico nacional”, en Diana Elvira Soto Arango et al., eds., *Pensamiento pedagógico de los grandes educadores de los países del Convenio Andrés Bello*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1995, tomo II, p. 623. Las cursivas son mías.

dad, sino que tomarían nuevas tonalidades en correspondencia con las formas del vitalismo y el irracionalismo que trataban de fundamentarlas.

La filosofía positivista había constituido una manifestación auténtica para el pensamiento y el ambiente cultural latinoamericano de su época, pues era la que mejor se correspondía con las exigencias socioeconómicas, políticas, educativas y culturales de estos países.<sup>22</sup> Ante el paulatino auge que irían tomando nuevas y viejas formas renovadas del irracionalismo, parecía el positivismo la opción filosófica más adecuada a la exigencia de aquellos tiempos; sin embargo, pronto se observó la metamorfosis que se operó en las posturas irracionistas también en estas tierras y pudo apreciarse como muchas de sus tesis fueron esgrimidas en función de una renovación de la cultura y del hombre latinoamericanos.

Los positivistas ya habían contribuido a que la intelectualidad latinoamericana se preocupara con criterio más científico por la realidad nacional en todos sus planos de análisis histórico, geográfico, antropológico, sociológico etc. Por tanto, sin duda, contribuyeron también en el plano educativo a un mejor conocimiento de Nuestra América, y esa herencia reivindicativa de los valores propios no se perdió; al contrario, se enriqueció y fortaleció en la generación antipositivista sui géneris que se enfrentó a la xenofilia cultural reinante, especialmente de orientación anglosajona y contribuyó dignamente a la labor enaltecedora de la memoria histórica latinoamericana. Es muy frecuente considerar que sólo el pensamiento que se enfrentó al de la etapa de predominio del positivismo atendió preferentemente los valores de la cultura latinoamericana, cuando en verdad existen múltiples pruebas para demostrar que tal preocupación en cierto modo estuvo presente también en la generación positivista.

El romanticismo y el irracionalismo se encargaron de sugerir la idea de que el hombre no puede ser sometido ni al simple análisis de un laboratorio, ni a las frías estadísticas de los estrechos enfoques sociológicos positivistas, cuando se trata de comprender las razones de su actuación.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> “En la historia universal una filosofía ha sido original y auténtica no cuando ha planteado simplemente ideas nuevas, sino cuando éstas se han correspondido con las exigencias históricas de su momento en los diferentes planos, sociopolítico, económico, ideológico y científico”, Pablo Guadarrama, *Pensamiento filosófico latinoamericano: humanismo vs alienación*, Caracas, El Perro y la Rana, 2008, tomo 1, p. 114.

<sup>23</sup> “El romántico dejó de buscar un principio de orden en el mundo exterior y comenzó a buscarlo en sí mismo. Tal actitud se vio reforzada por el abandono de la razón como herramienta que permitía descubrir ese orden, apelando en consecuencia al senti-

La mayor parte de los más destacados pensadores de la generación de fines del XIX se había formado bajo la influencia del positivismo, y llegó a reconocerle algunos méritos a esta filosofía, pero a la vez señaló muchas limitaciones, por lo que, aunque llegase a admirar algunas de sus tesis, como su culto al papel de las ciencias, no se dejó seducir íntegramente por ella. Ni siquiera quienes llegaron a asumir plenamente las tesis principales del positivismo, como Justo Sierra o Enrique José Varona, se mantendrían hasta el final de sus vidas totalmente identificados con él.<sup>24</sup>

Una ruptura anterior con el positivismo se produciría en la generación más joven en la que se destacaron, entre otros, José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Enrique Rodó, Alejandro Korn, Alejandro Deustua, Carlos Vaz Ferreira, Raymundo de Fariás Brito y Enrique Molina. Ellos recibieron también el auge de las ideas positivistas en aquella época pero no se dejaron seducir por esa filosofía, aunque le hayan reconocido extraordinarios valores.

Los jóvenes educados en el seno del pensamiento positivista predominante asumieron una actitud autocrítica significativa que implicaba una seria ruptura con la generación que los había iniciado en los caminos de aquella filosofía, tal vez por considerar que su reflexión antropológica era insuficiente. Sin embargo, tal divorcio no se produjo de manera irreverente.

La mayoría de los nuevos pensadores, que a sí misma se consideraba neoidealista, vitalista, historicista etc., y gestora de una nueva forma superior de cultivar el humanismo —en el que se le otorgaba una gran significación al momento estético de la creación humana— reconoció siempre los aportes del positivismo. Tal vez en este aspecto sea necesario destacar una actitud también sui géneris en dicha generación antipositivista —a diferencia de la observada en otras latitudes, donde el positivismo algunas veces fue totalmente anatemizado—, propiciadora del engrandecimiento de la cultura filosófica latinoamericana, como se observa en el uruguayo José Enrique Rodó, al declarar: “Yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; la reacción que partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los

---

miento y a la intuición”, Marta Pena de Matsushita, *Romanticismo y política*, Buenos Aires, Docencia, 1985, p. 32.

<sup>24</sup> Pablo Guadarrama, “Die philosophische Auffassung Enrique José Varonas über die gesellschaftliche Entwicklung”, *Referateblatt Philosophie* (Berlín), 17 (1981), 2, bl. 15, p. 204.

conduce sin desvirtuarlos, en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas”<sup>25</sup>

La generación antipositivista se percató de las negativas consecuencias que traía consigo el utilitarismo anglosajón frente a las conquistas del humanismo desalienador cultivado por el pensamiento latinoamericano hasta esa época.

A partir de inicios del siglo xx la oleada antipositivista que sacudió la vida intelectual de América Latina se caracterizó por tratar de reivindicar el idealismo y el vitalismo espiritualista frente a lo que comúnmente constituía la vulgarización del materialismo y el biologicismo. Fue sui géneris esta reacción contra el positivismo, en primer lugar porque se generó entre intelectuales jóvenes cuya mayoría había compartido inicialmente la tesis de aquel positivismo sui géneris el cual, por muchos elementos comunes que tuvo con el europeo, también se había distanciado sustancialmente de él. Esta novel generación encontró estímulo no sólo en las nuevas tendencias de la filosofía de orientación vitalista, irracionalista, voluntarista y fideista, como apreciaron en Nietzsche, Bergson, Ortega y Gasset etc., sino en algunos pensadores latinoamericanos como José Martí que les sugería reflexionar sobre el “hombre natural”<sup>26</sup> y las circunstancias históricas específicas de Nuestra América, en momentos tan peligrosos para conservar su integridad e identidad, cuando ya el intervencionismo yanqui había dejado de ser una simple amenaza y lamentablemente se había convertido en un hecho.

En cierto modo, a esta generación puede considerársele una especie de *positivistas vergonzantes*, algo similar a lo que en otro contexto Engels denominó *materialistas vergonzantes* al referirse a aquellos que sentían vergüenza de que sus investigaciones científicas les condujeran a posiciones lejanas a la religión y a la Iglesia. La historia se repite más como tragedia que como comedia, y algo similar ocurrió, en otro sentido y época, cuando a fines del siglo xx, tras la caída del Muro de Berlín, algunos decepcionados del “socialismo real” confesaron su *mea culpa* como *marxistas vergonzantes*.

---

<sup>25</sup> José Enrique Rodó, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, p. 106.

<sup>26</sup> “Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés”, José Martí, *Nuestra América*, en DE: <[http://www.analitica.com/bitblbio/jmarti/nuestra\\_america.asp](http://www.analitica.com/bitblbio/jmarti/nuestra_america.asp)>.

Rodó ofrece un testimonio de este giro distanciado del positivismo cuando plantea: “Otro de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, en el momento presente, es la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida; la frecuente presencia en lo que se piensa y escribe, de fines espirituales, el interés consagrado a la faz no material ni utilitaria de la civilización”.<sup>27</sup>

En la generación antipositivista el concepto *vida* no tendría la anterior carga semántica de raigambre biológica manejada por el socialdarwinismo propio de los simpatizantes con el positivismo, sino que comenzaría a acentuarse en él el aspecto irracional, estético y espiritual propio del género humano, según Nietzsche, Dilthey, Bergson y Ortega y Gasset, entre otros, que parecía haberse descuidado por el positivismo y en sentido general por el materialismo filosófico.

Ésa era una de las razones básicas de que tantos intelectuales latinoamericanos de la época se distanciaran del positivismo, aun cuando reconociesen, a la vez, varios de sus aspectos valiosos, como el caso de Rodó.<sup>28</sup> Por una parte, destacaban todo lo aprendido del positivismo, aunque a la vez dejaban constancia de las razones de su insatisfacción por no haber constituido esta filosofía una condición suficiente para la comprensión integral de lo humano en sus profundas y complejas determinaciones. Por regla general fueron suficientemente respetuosos en relación con los aportes de esa filosofía, pero también con

---

<sup>27</sup> Rodó, *Obras completas* [n. 25], p. 502.

<sup>28</sup> “El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse en lo fundamental del misterio que la envuelve, así en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las ideas, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848; se interpone entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia o existencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y lugar; y la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, el arrebato estéril de la vana anticipación. Somos los neoidealistas o procuramos ser, como el nauta que yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda”, *ibid.*, p. 505.

valerosa honestidad intelectual supieron criticar todas las insuficiencias que apreciaron en ella, como se observa en Alejandro Korn al plantear:

El positivismo sólo puede ser batido en su propio terreno; es menester reconocerle la verdad relativa, que es su fuerza, y superarla en una concepción más alta. No hemos de borrar de la historia del pensamiento humano toda la segunda mitad del siglo XIX. Tenemos que aceptarla como un momento necesario en la evolución filosófica, deficiente, unilateral, monstruoso, pero explicable en su desarrollo genético como un corolario del apogeo de las ciencias naturales. La simple negación desconoce su raigambre histórica y el argumento ontológico no la alcanza.<sup>29</sup>

Ante todo rechazaron aquel reduccionismo positivista que implicaba la hiperbolización del papel del conocimiento científico —esa especie de nueva religión de la ciencia o de la ciencia autoritaria, como la calificaría Popper— en la valoración de la vida humana.<sup>30</sup> Según ellos, el positivismo, como heredero del racionalismo y el empirismo, extrapoló las potencialidades lógicas y epistemológicas del hombre en detrimento de la comprensión integral de la vida humana, la cual presupone la valoración de elementos emotivos, volitivos, pasionales etc., a los que esta filosofía no otorgó especial atención.

Asimismo se enfrentaron al biologicismo exagerado que implicaba concebir las relaciones humanas en un plano no muy diferenciado del de aquellas existentes en el mundo animal. Sin descalificar los avances de las ciencias naturales —en particular, las teorías evolucionistas— la nueva generación antipositivista de pensadores latinoamericanos evitaría los conflictos con la Iglesia y la religión, frecuentes durante la época del anticlerical positivismo. En general, se caracterizaron por diferenciar adecuadamente el plano filosófico del plano religioso, aunque en algunos, como en el brasileño Farías Brito o en el mexicano Antonio Caso, el referente religioso en particular en cuanto a sus críticas al materialismo estuviese mucho más acentuado que en los demás miembros de aquella generación. En cierta medida la huella del carácter laico del espíritu moderno se mantendría viva en esta camada antipositivista sui géneris.<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> Alejandro Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1959, p. 263.

<sup>30</sup> “Este periodo de la ciencia autoritaria ha pasado y supongo que para siempre, gracias a la revolución einsteniana”, Karl Popper, *El mito del marco común: en defensa de la ciencia y la racionalidad*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 95.

<sup>31</sup> “La razonable crítica de Caso al reduccionismo positivista, propio del enfoque socialdarwinista, la trasladó injustamente al materialismo filosófico en general”, Pablo

Las proclamadas *ciencias del espíritu* pretendían hacer en esa época su debut para demostrar la insuficiencia del logicismo y el empirismo positivista. La preocupación axiológica contribuiría así a abrir nuevos caminos en la eterna búsqueda filosófica de una posible naturaleza humana.

El fermento estético de la *praxis* humana sería llevado a planos privilegiados con el objetivo de demostrar la superioridad cualitativa del ser humano. Y en este aspecto se destacaría toda la generación antipositivista sui géneris, si bien algunos miembros, como Deustua o Vasconcelos, llegaron a extrapolar ese elemento al conjunto de factores que condicionan la actividad humana.<sup>32</sup>

La insistencia en la circunstancialidad específica de la acción humana presuponía impulsar el historicismo como método de análisis del desarrollo social que se diferenciaría de cualquier construcción apriorística de la cual en su crítica la dialéctica no quedaba excluida. Junto a los componentes ideológicos que animaban a esta nueva generación —considerada por Francisco Romero, a nuestro juicio incorrectamente, como la de los *fundadores* de la filosofía latinoamericana—, el componente endógeno los condujo a la crítica severa de cualquier forma de xenofilia cultural, como la que observaban en el positivismo, que implicase subestimación de las capacidades creativas de los pueblos latinoamericanos y en especial la posibilidad de alcanzar con rigor profesional un reconocimiento del valor de la producción filosófica en Latinoamérica.<sup>33</sup>

Pero la segunda vertiente de esta sensación de fracaso —sostiene Beorlegui— consistía en darse cuenta de que de este modo no se podía construir una filosofía para Latinoamérica, puesto que no se pasaba de hacer filosofía imitando a Europa, y más en concreto, imitando al mundo anglo-

---

Guadarrama, “Antipositivismo y personalismo en Antonio Caso”, en *id.*, *Positivismo y antipositivismo en América Latina* [n. 1], p. 193.

<sup>32</sup> “El esteticismo metafísico de corte idealista, que es evidente en toda su obra filosófica, en la que insiste en la necesidad vital de que el hombre profundice en sus interioridades irracionales para construir una nueva filosofía, también lo hace un pensador con ideas propias, merecedor de un lugar digno en la historia del pensamiento filosófico latinoamericano del siglo xx”, Pablo Guadarrama, “El monismo estético de José Vasconcelos”, *Segmentos. Revista de Filosofía* (México, Universidad de Guadalajara) núm. 1 (enero-junio del 2001), p. 138.

<sup>33</sup> “Independientemente de las críticas que Romero dirigió al positivismo, supo reconocer la impronta favorable que dejó en el pensamiento filosófico latinoamericano, así como sus repercusiones progresivas en otros espacios de la cultura y la vida sociopolítica en esta región”, Pablo Guadarrama, “El trascendentalismo personalista de Francisco Romero ante el positivismo”, en *Politeia* (Bogotá), núm. 26 (2004); *Positivismo y antipositivismo en América Latina* [n. 1], p. 365.

sajón (como el caso del positivismo). En cambio, con esta generación va a surgir un espíritu renovado que pretendería conseguir una cierta identidad y autenticidad del pensamiento y de la cultura latinoamericana, que no desdeñaría las referencias a Europa y a los Estados Unidos, pero tratará de recoger fundamentalmente los ingredientes de lo propio, incluido lo indígena, para construir una cultura mestiza o especie de “raza cósmica”, como sugerirá Vasconcelos.<sup>34</sup>

El enfrentamiento a la *nordomanía* —concebida como la exagerada admiración por la cultura europea y norteamericana, en detrimento de la justa apreciación de la cultura latinoamericana— conllevó un impulso considerable a la valoración adecuada de lo nacional, lo popular, lo latinoamericano, a la reivindicación del proyecto bolivariano de integración de estos países y a estimar las propuestas martianas de estimular el conocimiento de las manifestaciones culturales de Nuestra América, a fin de propiciar la lucha por la conquista de la dignidad de sus pueblos.

Ese elemento afloraría de distinto modo tanto en la primera como en la siguiente generación antipositivista, en la que se destacaría posteriormente la labor intelectual de José Gaos<sup>35</sup> y Leopoldo Zea,<sup>36</sup> al constituir un movimiento impulsor de los estudios del pensamiento filosófico latinoamericano del cual todos somos herederos en la actualidad por sus aportes y por su contribución a motivar tales estudios en la mayoría de los países del continente.

---

<sup>34</sup> Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano* [n. 8], p. 403.

<sup>35</sup> “La filosofía en Gaos consiste en una constante asimilación de lo planteado por su historia anterior y de toda la historia de la cultura, que no conlleva ni la simple reproducción de lo tradicional y el aferrarse a un ciego determinismo, ni el extremo opuesto del irracional voluntarismo que concibe la hiperbolización de la libertad. Por tal motivo, concibe el criterio de la cultura como la *tradición recreada* que se nutre constantemente del pasado, pero aportándole los nuevos elementos de su contemporaneidad. Tal debe ser la postura del filosofar latinoamericano que se desprende de sus planteamientos”, Pablo Guadarrama, “Gaos y los estudios de la filosofía en América Latina”, *Islas* (Las Villas, Santa Clara), núm. 116 (septiembre-diciembre de 1996); *Cuadernos Americanos*, núm. 72 (noviembre-diciembre de 1998), p. 215; *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), núm. 589-590 (julio-agosto de 1999), p. 64.

<sup>36</sup> “Ha sido a través de la reconstrucción histórica filosófica fundamentalmente que Zea ha podido demostrar al mundo que el búho de Minerva no está reservado exclusivamente a las latitudes nórdicas. Y el propio hecho de que gran parte de su obra haya sido traducida a varios idiomas evidencia el reconocimiento otorgado no sólo a su persona, sino al desarrollo alcanzado por la filosofía en estas tierras”, Pablo Guadarrama, “Urdimbres del pensamiento de Leopoldo Zea frente a la marginación y la barbarie”, *Cuadernos Americanos*, núm. 37 (enero-febrero de 1993), p. 64; Leopoldo Zea, *Filosofar a la altura del hombre: discrepar para comprender*, México, Cuadernos Americanos, 1993 (col. *Cuadernos de Cuadernos*, núm. 4), p. 281.

Aun cuando era evidente su preocupación por los problemas socioeconómicos de sus respectivos países y de América Latina, a la generación positivista no le preocupó mucho que su actividad filosófica poseyera una raigambre latinoamericana o si contribuía de algún modo a enaltecer la cultura de esta región; a la generación antipositivista le fue común la auténtica preocupación por reivindicar los valores de la herencia cultural y, en particular, filosófica nacional y regional.

Se le puede atribuir a la generación antipositivista sui géneris una actitud más profesional y de consagración a la actividad filosófica, pero eso dista mucho de llegar a plantear que haya sido propiamente la que exclusivamente consagró la filosofía latinoamericana.<sup>37</sup>

La consagración de la producción filosófica en esta parte de América ha sido el resultado de un largo proceso de sedimentación que se inició desde mediados del siglo xvi, se aceleró a partir del xviii y en el xix llegó a producir momentos y personalidades estelares. Nada tiene de extraño que el siglo xx haya dado a luz nuevos filósofos de envergadura que, como otros de épocas anteriores, hoy en día impresionan a los investigadores por el vuelo teórico de sus ideas, así como por el grado de originalidad y autenticidad de ellas.

Es cierto que a mediados del siglo xx la filosofía alcanzó en América Latina un indiscutible alto nivel de profesionalidad y riqueza, pero sus referentes no fueron solamente los del pensamiento europeo. Ella supo elevarse sobre otras colinas endógenas que le sirvieron de base, ya que jamás hubiera podido fructificar en un desierto. Los nuevos representantes de esa generación antipositivista sui géneris de la primera mitad del siglo xx, encontraron un terreno fertilizado por generaciones anteriores de pensadores que prepararon el camino. De otro modo no se entiende el desarrollo del pensamiento filosófico latinoamericano, que nunca ha sido, como algunos han sostenido, una mera reproducción o eco de la filosofía europea, pues incluso comenzó a gestarse antes de su llegada. Ésta ha sido un referente básico, como es natural, de toda la cultura occidental en la cual se inscribe la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas, pero su especificidad ha sido mucho más rica que la simple condición mimética.

Ahora bien, era natural que el grado de madurez y de elaboración teórica de los filósofos latinoamericanos del siglo xx fuese superior al de épocas anteriores, del mismo modo que este fenómeno sucedía en Europa o en cualquier otra parte. Nada tiene de extraño que algunos de ellos hayan causado y aún sigan causando asombro entre investiga-

---

<sup>37</sup> Francisco Larroyo, *La filosofía iberoamericana*, México, Porrúa, 1978, p. 114.

dores europeos que han percibido la dimensión de sus respectivas tallas intelectuales. En la actualidad resulta imposible justipreciar el avance del pensamiento filosófico mundial si se desconoce el digno lugar que ocupan algunos filósofos engendrados y nutridos por la cosmopolita savia intelectual de Nuestra América.

La historia de las ideas filosóficas en América Latina sufrió un viraje significativo a partir del conflicto entre las ideas positivistas y la reacción que ellas provocaron. Tanto defensores como críticos de la significación del positivismo en el pensamiento latinoamericano coinciden en que dejó una huella imborrable en el devenir intelectual y no sólo en la vida espiritual de la cultura latinoamericana hasta nuestros días.

Martí conocía muy bien que un traslado descuidado de ideas, independientemente del valioso componente epistemológico que pudiese contener, como era el caso del positivismo, podía traer consecuencias negativas para el desarrollo auténtico de la cultura y la vida político-social latinoamericana. No obstante, reconocía que Comte podía ser incluido entre los grandes pensadores en la historia de la humanidad; lo consideraba entre “los héroes del pensamiento” porque estimulaba una filosofía en cierta medida emancipadora frente al oscurantismo medieval y a otros obstáculos que dificultaban la participación de Latinoamérica en la modernidad.<sup>38</sup> Martí se resistía a la frecuente hiperbolización de la obra del pensador francés y a los intentos de deificación de sus ideas mediante la conformación incluso de iglesias positivistas comteanas, como sucedió en los casos de Brasil y Chile. Tal vez por ese motivo, con aire satírico, en una ocasión apuntaba: “Cristo murió en una cruz, a pesar de que no había conocido a Augusto Comte. ¡Oh, mártires de todas las ideas!”<sup>39</sup>

Martí criticaba el dogmatismo que caracterizó al positivismo de raigambre comteana al intentar presentarse como la verdad suprema inexpugnable a cualquier tipo de crítica que atentara contra su integridad. Sin embargo, a la vez reconocía el valor epistemológico de la demostración de los *hechos* y de la confianza en el papel de la ciencia propugnado por el positivismo. A su juicio: “El hombre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperarlo todo; pero creer sólo en lo demostrable le es lícito. Yo no digo que no existe el cielo; pero no sé si existe”.<sup>40</sup> Pero Martí no se confiaba en el reduccio-

<sup>38</sup> Martí, *Obras completas* [n. 12], tomo xxii, p. 316.

<sup>39</sup> *Ibid.*, tomo xix, p. 426.

<sup>40</sup> *Ibid.*, tomo xiii, p. 350; “No podía Martí compartir la visión de la historia de los positivistas. No lo seducía la adoración simple del documento escrito por alguien en el

nismo epistemológico del empirismo, ya que a su juicio la evidencia debía siempre estar acompañada de la explicación, y éstas son las misiones de la ciencia y la filosofía.<sup>41</sup>

Para Martí el método de análisis positivista no era algo absolutamente novedoso, pues de un modo u otro había existido siempre, de ahí que sostuviese: “¡Novedad el positivismo!, ¡pues si lo ha habido en toda la filosofía, aun en las más remotas, como sana reacción de la inteligencia libre del hombre contra las imposturas o soberbias sacerdotales! Es un método permanente en la historia del hombre. Lo único que varía, y le da aire de novedad cada vez que aparece, es el mayor saber acumulado con el tiempo”.<sup>42</sup>

El pensador cubano desplegó su distanciamiento respecto al positivismo en diferentes planos, tanto en el ideológico y en el sociopolítico como, de forma imbricada, en el epistemológico y el estético. Quizá fue en el análisis del contenido de las expresiones artísticas donde reveló más sus diferencias con el positivismo, como se aprecia en los siguientes juicios al respecto:

El positivismo daña el arte por cuanto niega lo que lo constituye especialmente, y si no lo niega terminante, como el positivismo dogmático. ¡Con que es necesario ser positivista para ser abnegado, para ser noble, para ser bueno, para ser héroe, para ser mártir! ¡Con que el positivismo fulmina anatemas, decreta excomuniones, flagela a los déspotas y crea un nuevo infierno! ¡Con que, en nombre de la libertad del pensamiento se condena a los que tienen la osadía de pensar de un modo distinto al del fundador de la filosofía positivista! ¡Oh, mártires de todos los derechos, soldados de todas las libertades, desterrados que habéis comido pan amargo. Alzaos de vuestras tumbas, salid de vuestros hitos, venid a nuestras playas a registrar nuestros espíritus en el libro fulminador y sancionador de los adversarios positivistas! Así desfiguran las más puras ideas; así se comprometen las mejores hazañas científicas; así se crean realistas exagerados, creando exagerados positivistas. Así no se sirve a la evolución que se solicita: el amor

---

pasado, con sus intereses y pasiones, por lo que en su obra exalta la crítica y la búsqueda incesante en todas las fuentes y autores posibles para conformar el juicio mediante el conocimiento de la mayor gama de hechos y procesos tomando por base la experiencia”, Ibrahím Hidalgo, “Notas sobre la concepción martiana de la historia”, *Honda* (La Habana), núm. 6 (2002), p. 16.

<sup>41</sup> “El ver de nada me sirve, si no está la explicación de lo que veo, si mi entendimiento no convierte en elemento de juicio la visión. El objeto está fuera de mí; pero la inteligencia del objeto está en mí. Yo me comunico con él. El conocimiento del orden de las comunicaciones es la filosofía, en cuanto al hombre”, Martí, *Obras completas* [n. 12], tomo XIX, p. 369.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 368.

es lo único fructífero, el de la templanza el único lenguaje; nunca ha sido el otro curador de llagas, ni imparcial juez, ni útil acercador de las escuelas.<sup>43</sup>

Martí se enfrentaba a la pretensión omnisciente del positivismo, que no tomaba en consideración de manera adecuada otros componentes irracionales de la condición humana que constituyen también fermentos indispensables de la actividad intelectual del hombre. Su entrañable amigo, Enrique José Varona, positivista consagrado, con quien polemizó y a quien tanto admiró, destacaba en 1896 la importancia de los factores emotivos en la obra martiana al plantear: “Martí vio más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que a otros su ciencia”.<sup>44</sup>

El hecho de que Martí le otorgara a la actividad emotiva y volitiva una dimensión y una fuerza que el positivismo no había considerado adecuadamente, como en su lugar había hecho con la función de la razón, no significó en modo alguno que no le otorgara justo lugar a esta última en la actividad humana. Por el contrario, la consideró siempre un componente sustancial de toda construcción humana y, en especial, de la justicia, por su indispensable función epistemológica que jamás podría ser sustituida por la voluntad de la imaginación: “No ha de fundarse con la imaginación lo que ha de resistir luego los embates de la razón. La razón es una piqueta: la imaginación otra mariposa”.<sup>45</sup>

Indudablemente, el distanciamiento crítico de Martí ante el positivismo, su *humanismo práctico*,<sup>46</sup> su antiimperialismo y latinoamericanismo, en especial su defensa de los valores culturales de Nuestra América, así como su postura crítica frente a aquellos que veían el proceso civilizatorio en una perspectiva eurocéntrica —algo que le diferenciaría de Sarmiento—, dejó una significativa huella en la genera-

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 425.

<sup>44</sup> Enrique José Varona, “José Martí y su obra política” (14 de marzo de 1896), en Ana Cairo, dir., *Letras: cultura en Cuba*, La Habana, Pueblo y Educación, 1889, p. 52.

<sup>45</sup> Martí, *Obras completas* [n. 12], tomo XXI, p. 234.

<sup>46</sup> “El humanismo martiano no está marcado por formulaciones abstractas, como en ocasiones se exige a los filósofos; es un humanismo concreto, revolucionario, ante todo, *práctico*, porque está concebido para transformar al hombre en su circunstancia al transformar las circunstancias que condicionan al hombre. En su caso, el cubano y el latinoamericano, que no disponían de auténticas condiciones humanas de existencia. Su discurso humanista no era volátil y ligero, sino profundo y enraizado, porque estaba dirigido hacia hombres específicos, en especial a un pueblo que se aprestaba a luchar por su emancipación. Por esas mismas razones era a la vez un discurso universal”, Pablo Guadarrama, *José Martí y el humanismo latinoamericano*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003, pp. 119-120.

ción antipositivista sui géneris que se gestaba en los momentos en que él desaparecía físicamente para trascender extraordinariamente por su pensamiento y su ejemplo en aquellos jóvenes del cambio de siglo. Esto se aprecia en el ensayo que le dedicaría Rodó al pensamiento de Martí, del mismo modo que a Bolívar y a Montalvo. De tal manera, el culto por los valores del pensamiento, la cultura y la política en sus mejores expresiones latinoamericanas se incrementarían considerablemente con las nuevas generaciones filosóficas del naciente siglo xx.

En la polémica contra el positivismo —sostiene Demenchonok— que limitaba el horizonte espiritual de la sociedad y las perspectivas de su desarrollo, los filósofos latinoamericanos apoyaron la alternativa opuesta a la ideología oficial, concibieron una nueva visión de la sociedad latinoamericana y de su filosofía, y afirmaron los valores humanistas de la cultura nacional e ideas del desarrollo social independiente. Con ello está vinculado el anhelo creativo de un pensamiento propio de la filosofía latinoamericana.<sup>47</sup>

La nueva generación antipositivista también se caracterizó por tratar de reconocer el valor de otras tradiciones de pensamiento como las orientales, y en particular las de la India, como se aprecia en José Vasconcelos.<sup>48</sup> El defecto de la filosofía antipositivista sui géneris consistió en no otorgarle el adecuado lugar a la conceptualización como vía para el mejor conocimiento del hombre. Ése es un lastre que cargará todo el vitalismo y que después arrastrará también el existencialismo.

El defecto tanto del positivismo como de la reacción antipositivista radicó en que no prestaban suficiente atención al innegable hecho de que el hombre no conoce de una vez y por todas, sino que va conociendo la realidad paulatinamente a través de verdades relativas con suficiente contenido objetivo de veracidad. Fue la falta de una visión dialéctica de la construcción de la verdad lo que hizo a varios filósofos latinoamericanos de esta generación antipositivista caer en posturas agnósticas.

---

<sup>47</sup> Eduardo Demenchonok, *Filosofía latinoamericana: problemas y tendencias*, Bogotá, El Búho, 1990, p. 68.

<sup>48</sup> “El pensamiento filosófico en América Latina ha constituido también, como en otras latitudes, un proceso de emancipación mental, de superación de los mecanismos enajenantes que tratan de subhumanizar al hombre. Ha dialogado permanentemente con el pensamiento de otras culturas, entre las que sobresale, naturalmente, la europea, pero no exclusivamente con ella. Por tal motivo resulta erróneo considerarlo como simple eco de la filosofía europea, como aún algunos pretenden”, Pablo Guadarrama, *Humanismo en el pensamiento latinoamericano* (2001), Loja, Universidad Nacional de Loja/Universidad de Cuenca/Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2006, p. 39.

Vasconcelos, por ejemplo, otorga a las emociones la primacía en el proceso cognoscitivo sustituyendo a la abstracción. A su juicio, “la facultad sintetizadora por excelencia es la emoción, y sólo en la emoción puede fundarse un conocimiento trascendental. En ella reposaría todo mi sistema [...] Dado el postulado general e inicial de mi tesis, el postulado de la existencia como tal, se advierte fácilmente que, desde luego, adquiere mayor fuerza de convicción en mi teoría la emoción que la razón”.<sup>49</sup> Y en otro momento asegura que “a causa de que la emoción abarca más que la inteligencia, urge asignarle un sitio de honor como instrumento de conocimiento”.<sup>50</sup>

Otras filosofías de mayor raigambre racionalista, como la fenomenología y la filosofía analítica, estarían muy distantes de dichas posiciones, aun cuando en la primera el momento irracional de la *intuición eidética* no deja de ocupar un significativo papel en su epistemología. En sentido general la fenomenología, la filosofía analítica y la filosofía de la ciencia de orientación racionalista, reivindicarían el valor del concepto y de la abstracción, mientras que el irracionalismo al estilo de Vasconcelos desembocaba en un exceso crítico indistintamente del positivismo, del racionalismo, del marxismo y del materialismo vulgar, que en muchas ocasiones confundían y entremezclaban.

Sin embargo, este pensador mexicano reconocía algún efecto favorable del positivismo en general y del mexicano en particular. En relación con el primero, planteaba:

En el Nuevo Mundo, la cultura ha de ser de tipo formativo y creador, más atenta a construir el futuro que a historiar y analizar el pasado [...] Pero como es indispensable algún punto de apoyo, conviene evitar el error de las últimas décadas que ha consistido en estar removiendo y cambiando cimientos. En filosofía, por ejemplo, pasamos del catolicismo a la Ilustración y de ésta al positivismo y en seguida, para librarnos de éste, saltamos a la maraña neoidealista germánica, como si fuese legítimo prescindir de la etapa de la experiencia científica empírica.<sup>51</sup>

Esto demuestra que reconoció en el positivismo el valor de la experimentación científica empírica.

En relación con el positivismo mexicano, Vasconcelos valoraba que “Barreda tuvo la virtud de restaurar la ciencia moderna en nuestros

---

<sup>49</sup> José Vasconcelos, *Tratado de metafísica*, México, México Joven, 1929, p. 163.

<sup>50</sup> José Vasconcelos, *El viento de Bagdad*, México, Letras de México, 1945, p. 200.

<sup>51</sup> José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, Santiago de Chile, Ediciones Ercila, 1935, p. 57.

establecimientos de segunda enseñanza. A Barreda y al positivismo se debe que nuestros colegios se hallan en igualdad, en algunos casos, a los institutos similares de otras naciones”.<sup>52</sup>

Uno de los más significativos representantes del positivismo sui géneris latinoamericano, José Ingenieros, al rendirle homenaje a José Vasconcelos efectuó un análisis del porqué de la superación de dicha filosofía por la nueva generación que,

comprendiendo que las fuerzas morales son palancas poderosas en el devenir social, ha tenido ideales y los ha sobrepuesto a los apetitos de la generación anterior, afirmando un idealismo social en el que convergen, un tanto confusamente, varias corrientes filosóficas y literarias. Ese noble idealismo, felizmente impreciso, como toda ideología de transición. No quiere ser una vuelta al pasado lejano y por eso huye del neoescolasticismo; pero tampoco quiere atarse al paso inmediato y por eso desea superar el ciclo del positivismo.<sup>53</sup>

A finales del siglo XIX esas posiciones filosóficas también habían tenido su expresión en México, y así Vasconcelos en sus críticas hiperbolizaba las limitaciones del racionalismo, a la vez que rechazaba abiertamente al materialismo en general y al marxismo. Al respecto consideraba:

Se salió del positivismo, ¿pero qué? Por desgracia se ha caído en otros dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado por una parte, y por la otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas socialistas europeas y norteamericana. Como en el fondo de este materialismo hay, más que irreligiosidad fundamental, desencanto por la ineficacia práctica de las anteriores creencias, no es de extrañar que con él conviva un idealismo que los ingenuos más bien informados tratan de encauzar en forma en que no contradiga, sino que refuerce el movimiento de liberación de los oprimidos.<sup>54</sup>

El pensamiento vasconceliano se caracteriza por una alta sensibilidad con respecto a las grandes diferencias sociales existentes, como puede apreciarse cuando plantea: “Por otra parte, es natural que el movi-

---

<sup>52</sup> José Vasconcelos, *Historia del pensamiento filosófico*, México, Universidad Nacional de México, 1935, p. 556.

<sup>53</sup> José Ingenieros, “José Vasconcelos”, en Leopoldo Zea, *Ideas en torno de Latinoamérica*, México, UNAM, 1986, tomo II, p. 1061.

<sup>54</sup> José Vasconcelos, “Pensamiento iberoamericano”, en *id.*, *Latinoamérica*, México, Imprenta Madero, 1979, p. 11.

miento social cobre fuerza en América, en donde el más obtuso palpa el contrasentido de la gran riqueza virgen y de la gran miseria de la gente, contraste debido en gran parte a los errores de la organización política y social. De ahí que nuestra preocupación primera sea resolver el problema del mejoramiento colectivo”.<sup>55</sup>

En la generación antipositivista se aprecia, en sentido general, una radicalización en cuanto a su postura crítica frente a la sociedad capitalista, aun cuando no se identifique con el ideario socialista dado el nefasto referente del stalinismo en su época.

Al criticar el marxismo y el positivismo —considerados como harina de un mismo costal— pensaban que el problema consistía en que ni uno ni otro valoraban adecuadamente la función de la individualidad y de la voluntad creadora del individuo. Por ese terreno desembocaban en un voluntarismo tenaz, como puede apreciarse al considerar que la voluntad es soberana y dispone de la decisión heroica. Para Korn, la voluntad es el elemento que determina todo en el mundo. De tal modo, la voluntad puede modificar los regímenes políticos, las sociedades y el mundo en general. Esto da lugar a que Korn piense que las sociedades hasta ahora existentes, como la capitalista, no han podido resolver los problemas del hombre porque no han tenido en cuenta la función de la voluntad. Sostenía que el marxismo constituía un intento fallido por resolverla, pues pensaba que el socialismo había querido superar las contradicciones existentes entre el individuo y la sociedad, pero no lo había logrado.

En el pensamiento político del imprescindible dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien también germinó en esa oleada antipositivista sui géneris, se aprecia desde muy temprano una consecuente crítica al capitalismo por sus efectos sociales. En su primer libro titulado *Ensayos críticos*, planteaba:

Todas las enormes desigualdades e incongruencias de la vida contemporánea son producto de ideas y prácticas erróneas con que el hombre ha falseado las leyes naturales. El capital, el dinero mismo, la propiedad, tales como se conciben hoy, todo el sistema económico, en fin, es nocivo al desarrollo efectivo y completo del organismo social, y, por consecuencia, de cada organismo individual. Los males reinantes —el pauperismo, la miseria fisiológica y las enfermedades, la degeneración física y psíquica— están tan extendidos que requieren un tratamiento rápido y certero.<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup> *Ibid.*

<sup>56</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905, p. 95.

Y ya desde esos momentos se observan sus discrepancias con las tesis socialdarwinistas propias del positivismo predominante en Latinoamérica por esa época, cuando sugiere: “La fórmula del porvenir, que es deber de la sociología esclarecer, será la socialización de la naturaleza por la humanidad”.<sup>57</sup> Casi en todos los intelectuales latinoamericanos de mayor talla hay una clara expresión de compromiso político y de identificación con fuerzas que superen a la sociedad capitalista. En el caso de Henríquez Ureña se producen incluso manifestaciones más radicales al coincidir con el cubano Enrique Lluria cuando éste acepta de Federico Engels que la explotación de la clase obrera constituye una aberración de la sociedad moderna.<sup>58</sup> En ese sentido su pensamiento llega a confluir con ideas de corte socialista utópico al considerar que la sociedad burguesa ha cumplido su misión progresista especialmente en el plano político, pero debe dar paso a medidas de carácter económico mucho más necesarias a la justicia social.

Aun cuando la generación antipositivista sui géneris no se identificaba con las aspiraciones de los socialistas, por regla general reconocía que el camino para dignificar al hombre era el trabajo, como era su máxima aspiración, y esto no era posible en la sociedad capitalista.

Uno de sus rasgos fue su compromiso político y social por la transformación de los países latinoamericanos y el mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos de la región. No fueron intelectuales de gabinete, sino que supieron combinar armónicamente la vida académica con la activa militancia en partidos políticos, en parlamentos, gobiernos etc. No se limitaron a generar buenas ideas de perfeccionamiento humano, sino que pusieron todo su empeño en transformar económica, política y socialmente, pero en especial en el orden cultural y educativo, a la sociedad latinoamericana.

Formados bajo la influencia de los filósofos de corte positivista que a finales del siglo XIX estaban de moda en América Latina, los intelectuales antipositivistas paulatinamente rompieron con dicha filosofía, aunque siempre le reconocieron algunos indudables méritos. Su deuda de gratitud con el positivismo la mantuvieron durante toda su vida, de manera que, si para el caso de la original y auténtica recepción de la filosofía positivista en América Latina hemos sostenido la tesis de que se trata de un *positivismo* sui géneris, también es válido plantear cierto *antipositivismo* sui géneris para la situación de estos significativos pensadores latinoamericanos.

---

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> *Ibid.*

Tanto con la generación positivista como con la que reaccionó y fructificó ante ella, así como con las que les antecedieron y sucedieron tenemos una eterna deuda de gratitud porque nos han mantenido con la pupila insomne poniéndonos a pensar sobre problemas imperecederos y novedosos la condición humana y, a la vez, a actuar en correspondencia con los avances de nuestra época en la filosofía, la ciencia, el arte y la cultura en general con el justificado objetivo de perfeccionarla.

RESUMEN

La historia del pensamiento filosófico latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX hacia el XX estuvo marcada primero por el auge de un positivismo sui géneris, y luego por una reacción no menos sui géneris ante él. Los positivistas se aproximaron a las diferentes tendencias filosóficas y al completamiento de la construcción de la modernidad con radicales críticas al capitalismo, y reconocimiento de lo justo del ideario socialista. Desempeñaron una función progresista en América Latina. La generación crítica del positivismo le reconoció sus aportes pero se identificó con otras tendencias y fue gestora de una forma superior de cultivar el humanismo que otorgó gran significación al momento estético de la creación humana.

*Palabras clave:* filosofía latinoamericana, cultura latinoamericana, positivismo, antipositivismo.

ABSTRACT

The history of Latin-American philosophical thought in the second half of the 19<sup>th</sup> century, up until the 20<sup>th</sup> century, was marked, first, by the flourishing of *sui generis* positivism and, later on, by a no less *sui generis* reaction against it. Positivists approached different philosophical currents and the completion of the construction of modernity by means of radical critiques against capitalism and by recognizing the just demands of socialist ideology. They played a progressive role in Latin America. Critical writing about positivism recognized its contributions, but it identified with other currents and gave birth to a loftier approach to the practice of humanism, giving great importance to the aesthetic moment of human creation.

*Key words:* Latin-American philosophy, Latin-American culture, positivism, anti-positivism.